

Separa nación y nacionalismo, como se separa lo bueno de lo malo, lo indefinido de lo definido, la pertenencia de ideología, no me resulta la mejor alternativa. Imaginemos que los ciudadanos de cualquier país tiene plena soberanía para elegir a sus gobernantes y decidir democráticamente sus opciones políticas. Esa comunidad sociopolítica ¿no tendría un sentimiento de indignación si un gobierno extranjero o un organismo multilateral pretendiera modificar la voluntad mayoritaria a través de imposiciones y chantajes? Si las presiones continúan hasta el extremo de exigir que ese país regale la explotación de sus recursos naturales, ¿esa indignación no puede convertirse en un gran movimiento social? No hay dudas de que ese movimiento sería considerado como "nacionalista" por ese gobierno extranjero o ese organismo.

Mi posición en este debate es que si nos tomamos en serio el principio de soberanía popular como fundamento de la democracia, es necesario asumir que la democracia puede requerir (y en un país periférico requiere) de una cuota de nacionalismo. Pero esto no lo resuelve, sino que inaugura el problema. Porque el nacionalismo puede adquirir (como ya dije) contenidos y tendencias diversas, algunas de las cuales (como ya lo hemos sufrido décadas atrás) pueden entrar en colisión con la democracia.

Ahora, discrepo de quienes proponen resolver esa tensión apostando a difuminar los sentimientos nacionales o, incluso, generando estereotipos ridiculizantes de los argentinos o burlándose de los sentimientos de pertenencia.

Autoritarismo

Creo, por el contrario, que es necesario asumir que la identificación con el militarismo y el autoritarismo es el producto de cómo se organizan las disputas políticas en la Argentina y, especialmente, es uno de los éxitos menos analizados de la última dictadura militar. En efecto, su discurso patriótico acompañó el terrorismo de Estado, el Mundial del 78, la Guerra de las Malvinas, la destrucción de la educación y de las empresas públicas. La última dictadura se apropió exitosamente de los símbolos asociados a lo nacional hasta tal punto que en los años ochenta los sentidos sociales de lo cívico y lo nacional parecían oponerse.

Neoliberalismo

Esa separación en el imaginario social entre democracia y nación fue una parte decisiva de la base cultural de las políticas neoliberales en la Argentina. Ninguno de los gestos de humillación nacional generaron movilización social. Sólo con el nuevo paisaje de la exclusión social comenzaron a cambiar los sentidos de lo nacional, a partir de los reclamos de inclusión, de justicia, en nombre de una pertenencia que fundaba el derecho ciudadano, en nombre de antiguos (pero no vetustos) proyectos nacionales.

¿Eso es un exótico y autoritario nacionalismo? ¿O en ese sentimiento nacional trabaja una imaginación de una sociedad menos desigual, menos injusta, más democrática? Ese es el desafío: apuntalar y reforzar los aspectos pluralistas y redistributivos que viven en los sentimientos de pertenencia.